

Misión de los Doce. Herodes y Jesús

Ambos pasajes aparecen también, con algunas variantes, como es natural, en los otros dos Evangelios sinópticos (el de san Mateo y el de san Marcos).

•Ahora se ve con claridad la intención de Jesús al escoger a Sus doce colaboradores (ver Lc 6, 13), con aquella elección los destinaba a participar en Su propia misión.ö (Fitzmyer III, p. 55).

REVISIÓN DESGLOSADA DE Lc 9, 1-9;**Misión de los Doce****9, 1 CONVOCANDO A LOS DOCE,**

San Lucas deja claro que no todos los seguidores de Jesús son iguales, que hay un grupo particular, de doce discípulos elegidos por Jesús, y a los cuales ha convocado para una misión especial.

REFLEXIONA:

Jesús los convoca. Dios nos convoca. Nos busca, nos elige para algo. Desde antes de que vengamos a este mundo, Él ya sueña un proyecto maravilloso para nosotros, algo que puede hacer y hacernos mucho bien, y nos dota de todo lo que necesitaremos para lograrlo. Y no nos obliga, no nos fuerza a nada, nos va presentando situaciones, ocasiones, que nos permiten ir captando que hay algo para lo que somos buenos, que se nos da fácil, para lo que servimos, que nos gusta, que nos hace plenos y libremente lo aceptemos.

LES DIO AUTORIDAD Y PODER SOBRE TODOS LOS DEMONIOS, Y PARA CURAR ENFERMEDADES;

Su autoridad y poder no eran propios, se los dio Jesús. Y era específicamente para sanar el alma y el cuerpo.

REFLEXIONA:

Es muy fácil que quienes ejercen alguna autoridad o tienen algún poder en la Iglesia, sean miembros de la jerarquía o laicos, lleguen a creer que es suyo, que se lo han ganado o que lo merecen, y caigan en la tentación de ejercer esa autoridad o usar ese poder para su propio beneficio, para dominar a otros, para obtener privilegios, etc. Pero san Lucas nos hace ver que es el Señor quien nos convoca y nos envía.

Hoy en día circulan en redes mensajes dizque de fe que dicen: «yo decreto que nada malo te pase, y que si reenvías este mensaje a x número de personas, recibas x número de bendiciones» o «aquí te envío a Jesús (o a María, o a algún santo), para que te bendiga y te dé salud, éxito y abundancia, reenvíalo a quien tú quieras bendecir» o «yo cubro de bendiciones tus finanzas, para que se multipliquen tus ingresos» o «ahí te mando a estos ángeles para que bendigan tu casa, tus cosas, a todos los tuyos» etc, etc.

Bastan estos ejemplos para captar que quien los escribió y quien los reenvía están completamente equivocados si creen que tienen algún poder. No lo tienen. Sólo Dios puede bendecir, sólo Él puede ayudarnos en nuestras necesidades, y a Él no podemos manipularlo ni enviarlo como si estuviera a nuestro servicio. Es una falta de respeto que raya en lo sacrílego.

Vemos en este texto del Evangelio, que manda a Sus discípulos a liberar y a sanar, quiere nuestro bien, pero no le interesa que tengamos «éxitos» y «abundancia», sino que se salve nuestra alma y podamos pasar con Él la eternidad en el Cielo.

REFLEXIONA:

Toda proporción guardada, cuando nosotros nos dejamos enviar por Jesús, también tenemos el poder de combatir el mal, no con exorcismos, pues eso corresponde a ministros ordenados y autorizados, pero sí a

darle batalla al demonio, con las armas del amor, del perdón, de promover la reconciliación y la paz entre los que están enojados o distanciados, de luchar por la justicia, de defender la verdad, de sembrar la paz. Y también podemos curar, quizá no con el don de sanación que Jesús concedió a los Doce, pero sí podemos sanar los corazones lastimados por la soledad, la depresión, la injusticia, la desesperanza. Cuando vivimos nuestra vida ordinaria, cotidiana, sintiéndonos enviados por Dios, la vivimos de otra manera, somos conscientes de que Él espera de nosotros que le ayudemos a establecer en nuestro mundo Su Reino de amor, de alegría, de justicia, de paz.

9, 2 Y LOS ENVIÓ A PROCLAMAR EL REINO DE DIOS Y A CURAR.

Jesús los envió a hacer lo mismo que Él hacía: anunciar la Buena Nueva de la llegada del Reino de Dios, y a sanar las enfermedades, del cuerpo y del alma.

REFLEXIONA:

Esa primera misión de los discípulos, sigue siendo vigente, Jesús espera de nosotros que nos dejemos enviar por Él para anunciarlo a nuestros hermanos, aquellos con los que vivimos, convivimos, estudiamos, trabajamos, etc.

Hemos de proclamar con palabras el Reino de Dios, compartir con otros nuestro amor por la Palabra de Dios, compartirles por ejemplo, algún pequeño texto bíblico que pueda tocarles el corazón. Y hemos de compartirlo con nuestro amor, alegría, disponibilidad para ayudar, para comprender, para perdonar.

Y también estamos llamados a sanar el alma de los desanimados, de los que no tienen fe, de los que no le hallan sentido a su vida porque no conocen a Dios.

REFLEXIONA:

Es una gran responsabilidad ser elegidos y enviados por Jesús a proclamar el Reino, nos hace preguntarnos qué necesitamos para cumplir, ahora sí que ¿como Dios manda? esa formidable tarea?, ¿qué conocimientos necesitamos acumular, qué material acopiar, qué provisiones llevar? La respuesta nos deja sorprendidos.

No se trata de llevar nada, se trata de dejar de lanzarnos a la misión sin nada que sea un lastre ni nada en lo que podamos poner más confianza que en Dios.

9, 3 Y LES DIJO: ÑNO TOMÉIS NADA PARA EL CAMINO, NI BASTÓN, NI ALFORJA, NI PAN, NI PLATA; NI TENGAN DOS TÚNICAS CADA UNO.

Jesús les pidió algo muy difícil: no confiar en sí mismos, ni en sus propios recursos, sino en Dios y en Su Divina Providencia.

REFLEXIONA:

Aparentemente, y para nuestra mentalidad moderna tan ávida de asegurar tener el control de todo, esta petición de Jesús suena como que los está enviando muy desprotegidos, sin recursos, sin lo necesario para sobrevivir durante la misión. Pero no es así. Los está enviando infinitamente más protegidos y con unos recursos muy superiores a los que ellos pudieran asegurarse por sí mismos. Les está pidiendo que se pongan enteramente, de verdad, en manos de Dios. Que no confíen en sí mismos sino sólo en Él.

Parecería una locura, y a los ojos del mundo, lo es, pero quien confía en Dios no queda nunca defraudado. Hay incontables ejemplos de ello, tanto en la Biblia como en nuestra vida. Historias que leemos, historias que nos cuentan, y ojalá también historias que vivimos, que narran cómo la Providencia de Dios intervino oportuna y generosamente para resolver una situación que desde el punto de vista humano parecía haber llegado al límite.

Viene a la mente, por ejemplo, cuando la viuda de Sarepta, en lugar de usar la poquita harina que tenía, para hacerse un pan para ella y su hijo, aceptó hacérselo al profeta Elías, y nunca más le faltó harina, aun a pesar de que en esa región había tremenda sequía y hambruna (ver 1Re 17, 7-16).

Viene a la mente cuando le avisaron a san Juan Bosco que no quedaba nada en la despensa y era la hora de la comida. Mandó que sentaran a todos los muchachos a la mesa. Parecía una burla cruel, sentarlos a comer si no había nada. Pero él se puso a rezar y en eso tocaron a la puerta. Era un soldado que le explicó que con su regimiento había preparado ollas de comida, pero que les acababan de dar orden de ponerse en marcha, que si las quería...

Viene a la mente cuando san Manuel González edificaba su seminario. De pronto se quedaba sin un duro como decía él, y se ponía a rezar y le llegaban cheques por la cantidad exacta que necesitaba, o alguien donaba algo, en fin, que siempre era socorrido, a veces a último momento.

Jesús quería enseñar a Sus discípulos a no confiar en sí mismos, porque eso siempre falla, sino a confiar absolutamente en Dios.

Dice el salmista:

Sea el Señor tu delicia y Él te dará lo que pide tu corazón.

Encomienda tu camino al Señor, confía en Él, y Él actuará. (Sal 37, 4-5).

Quien confía en el Señor, no queda nunca defraudado.

REFLEXIONA:

El otro día estaba viendo un programa de concurso, y me llamó la atención que una y otra vez, los competidores comentaban que se sentían confiados de ganar porque llevaban tal o cual cosa que les daba seguridad y/o suerte. ¡Qué pena que no se les ocurría poner su confianza en Dios, encomendarse a Él con la seguridad de que permitiría lo que fuera mejor para ellos, ganar o perder! (sí, aunque parezca absurdo, a veces lo mejor que puede pasarle a alguien es perder, porque aprende de ese fracaso y porque se ve libre de un fama y éxito que tal vez no hubiera sabido manejar). Confiaban en amuletos, en que traían puesta la ropa con la que ganaron la eliminatoria anterior, o que habían hecho determinado ritual antes de subir al escenario, en fin, que estaban convencidos de que era eso lo que les ayudaba.

Reflexionaba en que quizá otra razón que tuvo Jesús para pedir a Sus apóstoles que no llevaran nada extra, fue para impedir que tuvieran falsa confianza en lo que llevaban (me va a ir muy bien en la misión, traigo mi báculo de la suerte, ya la hice, tengo suficiente en la alforja para repartir unas moneditas aquí y allí a modo de aliciente para que me vengan a oír). Quiso que nada los distrajera, que no se fiaran de nada más que de Su Providencia.

REFLEXIONA:

La recomendación de no llevar nada quizá también tiene el sentido de no llevar nada para apantallar a otros, que no sea por el propio aspecto imponente, la preparación, las credenciales que se intente convencer a los que le escuchan. Dirá san Pablo que él se presentaba a predicar temblando, pero era elocuente, porque lo que anunciaba no dependía de su aspecto ni de su sabiduría humana, sino de Dios.

Ver 1Cor 2, 1-5;

REFLEXIONA:

Otro aspecto interesante a considerar es que no llevar nada obligaba a los apóstoles a depender de lo que recibieran de la gente a la que le predicaban.

Ello permitía que, por una parte, ellos no se sintieran superiores ni establecieran una relación vertical con la gente: nosotros les damos y ustedes reciben sino que les enseñaba a depender también de los demás, a depender de la buena voluntad de la gente, de que les dieran comida y casa.

Por otra parte, esto permitía que la gente que recibía la enseñanza no sintiera que sólo recibía y recibía pasivamente, sin dar nada a cambio, sino que tuviera la oportunidad de sentirse útil, dar algo, en poder servir, alojando y alimentando a los que les predicaban.

9, 4 CUANDO ENTRÉIS EN UNA CASA, QUEDAOS EN ELLA HASTA QUE OS MARCHÉIS DE ALLÍ.

Esa petición garantizaba que no estuvieran de casa en casa, ni se estableciera, en las aldeas que visitaran, una especie de «competencia» para ver ahora a qué casa se cambiaban. A donde llegaban primero, ahí se quedaban.

9, 5 EN CUANTO A LOS QUE NO OS RECIBAN, SALIENDO DE AQUELLA CIUDAD, SACUDID EL POLVO DE VUESTROS PIES EN TESTIMONIO CONTRA ELLOS.

Les pide que no se vayan sin realizar ese gesto profético, que sea lo último que vean de ellos, para que se queden pensando, interpretando qué quería decir...

REFLEXIONA:

Es significativo que Jesús no les pidió que cuando no los quisieran recibir, se fueran mansa y discretamente, sino les pidió realizar un gesto profético. ¿Por qué? Como un último recurso, un último intento de hacer reflexionar a aquella gente, quedarse recordando aquel signo y descifrar su significado, y abrirse a recibirlos la siguiente vez que estuvieran por allí.

REFLEXIONA:

Al leer este texto se me ocurrió algo que no es interpretación oficial ni mucho menos, lo aclaro, sino simplemente me sirvió para hacer una reflexión, y por eso me atrevo a compartírtela: eso de sacudirse el polvo me recordó esa expresión que a veces usamos para referirnos a alguien que nos critica o tiene mala actitud hacia nosotros: «me echó tierra». Y el hecho de sacudirse ese polvo, significaría proponerse: «si me echan tierra, me la sacudo» es decir, no voy a dejar que me afecte, no voy a enojarme ni a guardar rencor. Habría que ir siempre a la misión preparados para responder con el mismo amor y buena actitud, tanto si uno es acogido como si uno es rechazado.

Viene a la mente el ejemplo de san Pablo, que en su recorrido misionero fue azotado, encarcelado y maltratado salvajemente en Filipos, y sin embargo, regresó y logró frutos maravillosos (ver Hch 16, 11ss; Flp 1, 3-11).

Nunca cancelemos de nuestro corazón a los que nos rechacen porque somos católicos o porque les hablamos de Dios o porque ven que vivimos de un modo que les incomoda y cuestiona. Sacudámonos la tierra y dispongámonos a seguir amándolos y a seguir predicando, como pedía san Pablo, *«a tiempo y a destiempo»* (2Tm 4,2), y si acaso de plano no nos dejan hablarles a ellos de Dios, hablémosle a Él de ellos, encomendémoslos a Su amor.

9, 6 SALIENDO, PUES, RECORRÍAN LOS PUEBLOS, ANUNCIANDO LA BUENA NUEVA Y CURANDO POR TODAS PARTES.

Los discípulos no perdieron tiempo. Terminadas las indicaciones que les dio Jesús, salieron de inmediato.

La Buena Nueva que anunciaban era que ya había llegado a ellos el Reino de Dios. Predicaban y curaban en el nombre de Jesús.

«Los apóstoles obedientemente salen a su misión, curando enfermedades y proclamando la Buena Nueva (verbo: evangelizo). Un poco antes (en el v.2) se habla de «proclamar el Reino de Dios» (verbo: kerysso). Estos dos verbos, de donde vienen las palabras «evangelizar» y «kerygma» fueron usadas para describir el ministerio de Jesús (ver Lc 4, 18-19.43-44; 8,1). Luego aplicadas a la misión de los apóstoles aquí y en el libro de Hechos (ver Hch 8, 4-5; 28, 31). Y continúan siendo aplicadas a la misión de la Iglesia hoy.» (Gadenz, p. 172).

REFLEXIONA:

Jesús los envió y ellos fueron. Salieron. Así de sencillo.

Nada de preguntas, nada de pretextos, nada de dejarlo para después.

Nadie pidió brújulas, mapas, un tratado sobre cómo proclamar la Buena Nueva, el directorio de las casas donde debían tocar, un tratado de teología, un manual sobre qué hacer en todos los casos que se pudieran presentar. Nada de eso. Salieron simplemente, porque tenían su confianza puesta en Jesús.

Les encomendó una misión y se dispusieron a cumplirla. Los necesitaba y respondieron.

¿Cómo imaginas a ese grupo de discípulos? ¿Crees que tenían todas las respuestas?, ¿que sabían ya todo lo que les esperaba?, ¿que creían ser los más preparados para esa misión? ¡Claro que no! Eran hombres comunes, que seguramente se hacían muchas preguntas, pero que no por eso se hicieron los locos. No dejaron que sus dudas les impidieran seguir adelante. Probablemente iban con cierta timidez, con la inseguridad del principiante, pero fueron, pensando que en el camino ya verían cómo iban resolviendo lo que se presentara. Se preguntarían mutuamente, aprenderían de sus experiencias, de sus éxitos y sus fracasos, orarían juntos, se recordarían unos a otros las enseñanzas de Jesús.

¿Qué hubiera pasado si uno por uno se hubieran empezado a disculpar? Uno, que porque nunca había hecho eso antes y mejor se esperaba a que los otros regresaran y le contaran cómo les había ido, a ver si entonces se animaba. Otro, que porque estaba tan ocupado que de veras le era im-po-si-ble salir, no tenía ni un minuto libre. Otro, que porque nunca había hablado en público y no sabía qué decir. Otro que porque no era digno y no fueran a pensar que se creía capaz. Otro, que porque tenía mala memoria y seguramente se le olvidaría qué decir. Y así sucesivamente.

¿Qué hubiera sucedido si estos hombres enviados se hubieran escondido detrás de pretextos y justificaciones muy razonables pero que sólo les hubieran servido para quedarse donde estaban?

Pues hubiera sucedido que no hubiera llegado el Evangelio a todo el mundo.

Gracias a que esos hombres no se consideraron indignos, incapaces, poco preparados o demasiado ocupados, la Buena Nueva ha llegado hasta los últimos rincones del planeta.

Pero no creamos que con lo que hicieron basta.

El mundo está muy necesitado de conocer a Jesús, y Él sigue necesitando quién se deje enviar a anunciarlo. ¿Qué le respondes?

REFLEXIONA:

•Cristo tenía el poder de liberar a la humanidad de todos los males...sin usar la fuerza de las armas, ni gastar dinero ni empezar guerras de conquista ni inflamar a los hombres para que fueran a la batalla. Sólo tenía once hombres para empezar, hombres que no eran distinguidos, no tenían educación, no tenían cultura, eran pobres, mal vestidos, sin armas ni sandalias, con sólo una túnica para vestir. • (san Juan Crisóstomo. Demostración contra los paganos 1.7).

Herodes y Jesús

9, 7 SE ENTERÓ EL TETRARCA HERODES DE TODO LO QUE PASABA, Y ESTABA PERPLEJO;

Herodes gobernaba cuatro regiones, por eso se le llamaba tetrarca.

Como gobernante, tenía espías por todas partes, que le reportaban lo que ocurría. Es por ello que se enteró lo que hacía Jesús, y se quedaba perplejo, es decir, asombrado, desconcertado.

PORQUE UNOS DECÍAN QUE JUAN HABÍA RESUCITADO DE ENTRE LOS MUERTOS;

Entre los que creían en la Resurrección, había algunos que pensaban que al ver a Jesús, se figuraban que era Juan el Bautista, al que Herodes había hecho matar (ver Lc 3,19-20; Mt 14, 1-12).

9, 8 OTROS, QUE ELÍAS SE HABÍA APARECIDO;

Según la Sagrada Escritura, el profeta Elías había sido llevado al Cielo en un carro de fuego, y volvería antes de la llegada del Mesías, para prepararle el camino, disponer los corazones a recibirlo (ver 2Re, 9-11; Lc 1, 17-17). Por eso algunos pensaban que tal vez Jesús era Elías, que había regresado.

Y OTROS, QUE UNO DE LOS ANTIGUOS PROFETAS HABÍA RESUCITADO.

Otros más pensaban que Jesús era un profeta, incluso uno de los profetas de los que les hablaba la Sagrada Escritura.

9, 9 HERODES DIJO: ¿A JUAN, LE DECAPITÉ YO. ¿QUIÉN ES, PUES, ÉSTE DE QUIEN OIGO TALES COSAS? Y BUSCABA VERLE.

Herodes hace un razonamiento lógico: a Juan él lo hizo decapitar. Se preguntaba quién era Jesús.

REFLEXIONA:

¿Quién es Éste? Esa sola pregunta hubiera podido hacerlo buscarlo realmente, y dejarse mover el corazón. Lamentablemente lo que lo mueve a formularla es el morbo, la curiosidad, no un verdadero deseo de escuchar a Jesús.

A Jesús no basta conocerlo «de oídas» no basta sentirse «perplejo» por lo que otros dicen que dijo o que hizo. No basta buscar verlo para satisfacer una curiosidad o calmar nuestra conciencia.

A Jesús hay que conocerlo dejándose encontrar por Él, que es quien toma siempre la iniciativa de venir a nosotros.

REFLEXIONA:

Relee el texto. Hazlo con Lectio Divina, método antiquísimo que propone la Iglesia para abordar la Sagrada Escritura («lectio» leer despacio el texto bíblico; «meditatio» meditarlo, reflexionarlo; «ratio» dialogar con el Señor sobre lo leído y meditado, y «actio» aterrizarlo en algún propósito concreto).